

MAR EDITOR



MAR EDITOR

*Carlos Augusto Casas*

*Ya no quedan  
junglas adonde regresar*

Obra ganadora del VI Premio Wilkie Collins de Novela Negra

Prólogo de JULIÁN IBÁÑEZ

*narrativa*

*M.A.R. Editor*

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © Carlos Augusto Casas

Del prólogo © Julián Cárdenas

De la edición © M.A.R. Editor

Marzo de 2017

M.A.R. Editor

[www.mareditor.com](http://www.mareditor.com)

ISBN: 978-84-946123-4-3

Depósito legal: M-3757-2017

Diseño de la colección y maquetación: Absurda Fábula

Ilustración de cubierta © Murray Kimber (*La leyenda del tigre*)

Fotografía del autor en solapa © Alicia Arés

Impreso en España

*Por y para Alicia*

MAR EDITOR

MAR EDITOR

## PRÓLOGO

**Por Julián Ibáñez**

Te toca sacar al caniche. Es un día soleado de primavera. Vais a un bonito prado con margaritas y le tiras la pelota, ni demasiado lejos que no la vea, ni demasiado cerca para que no se enfade. No le das respiro, cuando viene meneando el rabo con la pelota entre los dientes, le arrojas la otra pelota. Y así media mañana. Juegas con él y los dos os los pasáis en grande. Sacas del bolsillo un hueso, un bonito y sabroso hueso de cordero, se lo tiras, lo suficientemente lejos para que le cueste encontrarlo, pero tampoco demasiado cerca para que no se enfade. Lo encuentra, lo tritura y se lo traga. Luego se echa la siesta.

Seguro que ya sabéis de qué os estoy hablando: de la novela enigma. Es un juego. El autor arroja carnada al lector que la va devorando moviendo el rabo. Hasta el festín final.

Pero resulta que has soñado que eres un tío duro, o una tía dura. Has soñado que es un día de febrero, uno de esos tristes y ventosos días de febrero, y sacas al pit bull a que le dé el aire. Ya en la calle, el chuchón matón corre a olisquear todo aquello que se mueve, especialmente le atraen las entrepiernas. Ellos huyen despavoridos, ellas se hacen las remolonas; dos o tres tipos duros le arrearán una patada en las costillas. Al

final no hay hueso ni nada. Regresas a casa y dejas al pit bull al pie de la escalera, incapaz de subir porque le duelen todos los huesos.

Os estoy hablando de la novela hard boiled. ¿Estamos?

Carlos, que lo ha leído casi todo, toca los dos palos, y alguno más. Como Connelly, ese tipo de Los Ángeles (Bosch, cruce de caniche y pit bull), o Mankell, el de Suecia (por Walander, el rigor de las desdichas). Aunque me huelo que le va más lo muy hervido, y, si no, atended: esa inspectora que empina el codo (a morro), que no tiene a su cargo un padre con Alzhéimer, a la que se le escapa el marido y, mientras espera su regreso, sueña que se cepilla a todos los colegas de la oficina. Se merece una novela, para ella sola.

Los estudiosos dicen que la producción de novela negra es abrumadora. Y que nos encontramos con demasiados personajes repes, demasiadas tramas de andar por casa, demasiados adjetivos y adverbios. Por eso se agradece, como en esta novela, un sicario guaperas encargado de hacer la colada familiar.

El autor, un voyeur peripatético por la calle Montera (un pellizco de China en el centro de Madrid), habla de lo que conoce, y de eso se trata, no de rajarse de oídas. Y, de paso, hay que esmerarse en ser entretenido, sin recurrir al truco de ir tirando al lector de la nariz hasta descubrir quién es el malo. Y unos giros del argumento que el lector se olvide de comer, cenar y arropar a la parienta, o pariente, hasta que, babeante, llega al final.

Febrero, 2017



*Al menos, me queda la vida, pensé.  
Pero no era cierto,  
pues sólo me quedaba la vejez,  
la respiración, el horror, el desprecio  
y la indignación.*

WILLIAM FAULKNER

«¡Absalom, Absalom!»

*El deleite del odio no puede compararse  
al deleite de ser odiado.*

FERNANDO PESSOA

«Aforismos y afines»

MAR EDITOR

## CAPÍTULO I

**E**l viejo se despertó gritando el nombre de su esposa en la oscuridad. A tientas buscó el cuerpo de su mujer en la cama, junto al suyo. Pero sólo halló vacío. Poco a poco, su cerebro recompuso el puzle, como cada mañana. Y todo le sobrevino en un instante. Su mujer muerta hace 18 años, la soledad en la que vivía desde entonces, y el hecho inverosímil de haberse convertido en un anciano de 72 años.

—Todos los días olvido que te has ido. Que ya no estás. Que ya no hay nadie.

Hablar con los muertos —pensó—. Se había convertido en un viejo medio loco que hablaba con su mujer muerta, con sus padres muertos, con los amigos muertos que se fueron hace tanto...

—Son los únicos a los que aún les interesa lo que digo. Y ahora se supone que tengo que dar gracias por un nuevo amanecer. Oh, Dios mío, otro día más. Otro puto día más.

Se giró para mirar el reloj. Un feo rostro con forma de 5:28. Madrugada aún.

—Pronto, demasiado pronto, otra vez. ¿Por qué no puedo dormir más? Si no tengo nada que hacer. Los días se me harían cortos y no le daría tantas vueltas a todo. Creo que leí en algún sitio que dormir es lo más parecido a morir. Por eso los viejos quieren estar siempre despiertos. Será una reacción del cuerpo. Qué sé yo. O tal vez será este dolor de rodillas que no me deja descansar, tú siempre me lo decías; o este

maldito colchón que se hunde como si me quisiera engullir y que nunca me dejaste cambiar; o que no me acostumbro a dormir solo; o vaya usted a saber.

Cuando se incorporó, la carraca de sus articulaciones inició un pulso sonoro con los chirridos del somier. Así que decidió permanecer sentado en la cama, buscando un motivo por el que levantarse. Hace años que no encontraba uno. Hasta que en su mente algo se abrió paso entre los cadáveres de sus neuronas. Una certeza que crecía en su interior haciéndole sentir de nuevo un hormigueo efervescente que le ascendía por la columna, ese placer juvenil de sentir ilusión por algo. —Hoy sí hay un motivo para levantarse. Hoy por fin ha llegado. Hoy es jueves.

Entró en la cocina para corroborar en el calendario de pared la identidad del día que comenzaba. Jueves, 14 de julio. Mientras se calentaba el café reparó en el monumental montón de platos, sartenes y cazuelas sucios que cubrían la pila. Imaginó que la costumbre los había vuelto invisibles e inodoros durante ¿cuánto tiempo?, ¿meses?

—Bah, alguna ventaja tenía que tener ser viejo y vivir solo.

Decidió entonces tostar unas rebanadas de pan a las que se permitió el lujo de cubrir su desnudez con margarina y mermelada de fresa.

—A la mierda el doctor Blázquez.

El pan prácticamente desapareció bajo el mar de café con leche que contenía su tazón. Unos segundos de espera para la ablución y tres dedos se sumergieron para sacarlo de nuevo. El primer mordisco se llevó la mitad de la rebanada. Los carrillos tensos, la boca abierta por la que escapaban migas húmedas y dos regueros marrones procedentes de las comi-

suras se unían en la barbilla, para descender por el cuello hasta llegar al pecho y perderse entre las arrugas del pijama.

—Si tú estuvieras delante, no comería así. Pero en cuanto cumples los 70 pierdes la educación en la mesa. Otra ventaja de hacerse viejo.

En el cuarto de baño, el fluorescente no paraba de parpadear, como si tuviera un tic. Oscuridad, luz. Oscuridad, luz. Al viejo no le molestaba. Se desvistió para darse una ducha. No recordaba cuándo fue la última vez que tomó una. Por lógica, imaginó que el pasado jueves. Estaba desnudo, inmerso en la oscuridad. Un segundo de luz le enfrentó a su imagen ante el espejo, de cuerpo entero. Un monstruo escuálido y arrugado. Hecho de esas partes que se separan de la carne del filete y se dejan a un lado del plato. Grasa, tendones y huesos grisáceos. Sobras, despojos. Un espantajo de pellejo reseco. La visión le dejó paralizado por el horror hasta que retornó la oscuridad.

—No puede ser. Eso no puedo ser yo.

Otro parpadeo. La luz regresó y con ella la figura. Tuvo que palparse el cuerpo para poder creer lo que tenía delante. *Toda esa ruina.* La carne colgaba flácida de sus brazos, como si unos hilos invisibles tiraran de ella hacia la tierra, hacia la tumba. *Toda esa fragilidad.* Cada vez menos hombre, cada vez más esqueleto. *Toda esa putrefacción.* La piel gris y seca, espolvoreada de manchas marrones. Los puntos suspensivos que escribe la muerte en nuestro cuerpo, hasta que el relato termine y llegue el punto final. De nuevo la oscuridad y con ella el alivio. Escuchaba su respiración acelerada. No quería volver a verlo pero tampoco podía cerrar los ojos. *En nuestra cabeza nunca envejecemos. Seguimos siendo el mismo que tuvo 20 años, 30, 40.* Volvió la luz. Los parpadeos terminaron definitivamente. Y

ella trajo de regreso la desolación. *Pero nuestra mente es una mentirosa, la verdad sólo la dice el espejo.* Entonces pensó en cómo alguien se podría sentir atraído por algo así, como alguien podría encontrar atractivo ese cuerpo. No pudo evitar verse estúpido y ridículo. Un pobre viejo iluso. Bajó la vista para dejar de contemplar la imagen del derrumbe de un hombre, apagó la luz y lloró.

\* \* \*

—¡Hay negras nuevas! ¡Negras nuevas, de esas que todavía no se enteran de nada!

—¿Tomas algo, *Gentleman*?

El viejo alzó la vista del *Marca* que ojeaba aburrido acodado en la barra del bar.

—Café con leche. Descarainado de máquina con la leche del tiempo. ¿Por qué grita ese así?

—Ayer hablé con mi hijo, el mayor. No sé por qué le llamé. Supongo que necesitaba contarle a alguien la mierda que es hacerte viejo. ¿Y sabes lo que me contestó? Que pensara en la vida interior. La vida interior! A su madre se le debió de caer de los brazos cuando era bebé y no me lo dijo. Princesa, un Soberano para mí y lo de siempre para este. ¿Cuándo cojones vas a beber algo que prohíban los médicos?

El hombre que acompañaba al viejo era un simulacro de amigo. Un anciano con el pelo bayo. La cara contenía dos ojos suspicaces y el cuerpo aún conservaba algo de la envergadura del pasado. Su piel cuarteada presentaba una perenne tonalidad marrón artificial. Como si lo hubieran tapizado mal con escay.

—¿Princesa? Sí, Lady Di con el Imsero. —Una cincuentona de poderosa delantera y caderas a juego ejercía su poder absoluto detrás de la barra. Hablaba y hablaba, pero nadie le prestaba atención—. Aquí hay más viejos que en misa. Joder. Puta suerte la mía. Toma el Soberano, ahora te pongo el café. ¿Sabéis que ese cartel no está de adorno, verdad? Aquí también vendemos raciones, RA-CIO-NES. Pero vosotros ni caso. ¡Anda, iros a restregaros la entepierna con alguna ramera, que es en lo único que pensáis! Claro que también, lo que tienen que aguantar las pobres, tanto pellejo encima. Da grima.

Al tiempo que la mujer despotricaba el viejo hacía una batida con la mirada por el local. Entre 15 y 20 vejestorios bebían alcohol barato mientras se relamían contemplando a través de los sucios ventanales como las chicas de Monterra paseaban sus tacones altos y sus escotes bajos. Todos con esos ojos gastados, como si estuvieran hechos de anís frío.

—¡Mazas, Mazas, que hay mandingas sin estrenar! A tu compañero no le digo nada porque sé que está a sus cosas.

El viejo soltó un bundo despreciativo. El tipo que acababa de llegar tenía la boca acuosa y vestía con ropas en la frontera entre el *vintage* y los harapos.

—¿Y que coño pasa con eso, Residuos? Chicas nuevas, pues vale, me parece muy bien.

—Que no, Mazas, que no te enteras, joder, arrgg, espera. Cuando el Residuos se emocionaba hablaba rápido, y cuando hablaba rápido se le salía la dentadura postiza.

—Mierda de dientes. Que las negras no se enteran de nada. Se creen que puedes tocar el género antes de comprar. Coño, que se dejan meter mano sin darles un duro. ¿Vienes o qué?

—Tómame algo antes con nosotros.

—¿Invitas tú?

—No.

—Entonces paso, que tengo el dinero justo para un completo. Y a partir de mañana y hasta final de mes la dieta del contenedor. De batida por los DIA y los Mercadona del barrio. Pero qué cojones, por un polvo se hace lo que sea. Si tengo que tirarme un mes buscando comida en la basura, pues lo hago. Soy un tío, ¿no? Y qué hacemos los tíos, follamos. ¿Y sabes lo que más me gusta de follarme a las putas? Notar que no les gusto, que les doy asco, que no soportan mi olor. Pero como tengo la pasta tragan y lo hacen. Es como si las jodiera dos veces. Bueno, me voy de safari. Ah, Mazas, ¡cuidado! Me han dicho que hay un moro pasando Viagra falso. El Santander lleva dos días ingresado. Arggg Joder con la puta dentadura.

El tipo salió del local con prisa dejando olvidados tras él unos segundos de silencio. Hasta que el Mazas habló.

—Yo no necesito Viagra.

—Es triste lo de ese, en Residuos, comer medio mes de la basura por gastarse la pensión en putas —dijo el viejo.

—¿Por qué creen que le llaman así? Pero no es el único. Te acuerdas de la Tatiana. Tú qué te vas a acordar. Pues he pasado más de un final de mes haciendo cola para entrar en algún comedor social. Y no me arrepiento. La Tatiana era... cómo decirte... tenía unas caderas con cinco velocidades, como una *Minipimer*.

El Mazas sacó entonces un cigarrillo, blanco, Ducados. Con ceremonia se lo colocó entre los labios y lo giró dos veces mientras acercaba la llama del mechero.

—Oye, tú, Gary Cooper. En tu época se podía fumar en los bares, pero ya no. A ver si te enteras.



—Perdona, Princesa, es el alzhéimer, ya sabes.

—Mucho cuento es lo que hay. Un día os pongo estricnina en la bebida y me gano una medalla por librar a la Seguridad Social de tanto viejo rijoso. ¡Que hay que morirse, joder! Que en este país no se muere nadie. ¿Es que no veis la televisión? Sois una carga para el Estado.

Los dos ancianos reían mientras la mujer seguía desahogándose.

—Oye, ¿de verdad que no te la tiras? —preguntó el Mazas.

La risa se agotó bruscamente. Al viejo no le gustó la pregunta.

—No te ofendas, ya sé que no es asunto mío. Pero bueno, te veo aquí todos los jueves. Con tu mejor traje, pañuelo en el cuello y oliendo a postre. Y, no sé... ¿solo para hablar? ¿Le pagas sólo por hablar? ¿Tú ya sabes que es puta, no?

—Hay quien hace el amor con los genitales y quien lo hace con el cerebro. No lo entenderías —dijo el viejo.

—No, seguro que no —respondió el Mazas ensimismado, mientras su mirada seguía a la dueña por todo el local—. ¿Sabes quién se ha muerto? Eusebio. Derrame cerebral.

—No le conocía.

—Sí, hombre, era un triste que se ponía en esa esquina. Con el tubo de DYC en la mano. Siempre iba con la misma puta, una muy vieja y muy morena. Decía que era porque le recordaba a su mujer. Vamos, un *pringao* como tú.

Otra vez llegaron los segundos de silencio. Siempre ocurría lo mismo cuando en la conversación aparecía la muerte.

—Malas noticias y despedidas, —dijo el Mazas— eso es la vejez.

—¿Tú hablas con los muertos? Yo lo hago constantemente. Con mi mujer, sobre todo. Algunos días son con los únicos que hablo —dijo el viejo.

—¿Sabes qué es lo peor de hacerse mayor? No es ni la pérdida de facultades, ni los dolores, ni ninguna mierda de esas. Te lo voy a explicar. Llevo viniendo a este bar, ¿cuánto?, lo menos tres años ya. Y desde que entro hasta que salgo no paro de mirarle las tetas a la dueña. Con todo el descaro del mundo. Pues en todo este tiempo no me ha dicho nada. Ni un «¿te gustan?», ni tampoco un «¿por qué no se las vas a mirar a tu puta madre?». Nada. ¿Y sabes por qué? Porque me observa y ve a alguien inofensivo. Eso es lo peor de hacerse viejo, que te vuelves inofensivo para el resto del mundo. Y me jode, no veas cómo me jode. Tanto que a veces voy a los parques donde hay niños. Me los camelo y en cuanto puedo siento a alguno en mis rodillas. Las madres no tardan ni un segundo en llevárselos lejos de mí. Se pierden que soy un pedófilo de esos. A sus ojos me convierto en una amenaza, un peligro. Entonces vuelvo a sentirme vivo. Allí, en el parque, viendo cómo me temen. Llámame loco pero ese es el único momento del día en el que no me siento un mierda. ¡Qué digo del día, del año!

De repente, como si tuviera un presentimiento, el viejo alzó la vista hacia el ventanal.

—Ahí está Olga. Me marcho, Mazas.

—Voy contigo. Hoy tengo pasta. Iré a restregársela por los morros a las viejas para que se peleen por mí. Es una gozada sentirme deseado.

—¡Oye, oye! ¡Vosotros dos, la cuenta!

—Invita el alzhéimer ese.

Le gustaba comprobar cómo la sonrisa de la mujer se propagaba por todo su rostro cuando se acercaba a ella.

—Hola, Olga.

—Teo, qué alegría verte.

Le gustaba escuchar las dificultades que tenían las erres castellanas para salir de su boca y los dos educados besos con los que la mujer le daba la bienvenida, aunque, a veces provocaran risas entre algunas de sus compañeras.

—¿Dónde te apetece comer hoy?

—¿Japonés? La última vez estaba todo muy rico.

Le gustaba verla abrocharse dos botones de la camisa y hacerse una coleta con su pelo rubio. Como si se tomara un descanso de ser lo que era. Despojarse del disfraz de mercancía y vestir otro que por fin eligiera ella misma, aunque fuera sólo por unos minutos. Y que fuese gracias a él. Abandonaron la calle Montera camino del restaurante japonés. En realidad era un chino convertido por imperativo de la moda. Caminaban del brazo por Caballero de Gracia cuando ella se detuvo. Le miró a los ojos y de repente, como sin pensar, le dijo que le había enado de menos. Fue en ese momento cuando, como un rayonazo, la repulsiva imagen de su cuerpo desnudo reflejada en el espejo del cuarto de baño penetró en su mente. *Cómo alguien se podría sentir atraído por algo así. Cómo alguien podría encontrar atractivo ese cuerpo.* Y volvió la lacerante sensación de ser un viejo tonto al que le basta con escuchar un puñado de palabras románticas para sacar la mano del bolsillo. Pero Olga estaba allí, sus ojos anhelantes esperaban una respuesta. Al viejo incluso le pareció ver rubor bajo la máscara de pecadora construida con maquillaje. Y en su

interior gritó que no. Que la vida ya le había robado todo, sus sueños, sus amigos, su familia, su amor, quien fue y quien pudo ser. Y que esta vez no. No le iba a quitar también los jueves. No lo consentiría. Los jueves eran lo único que le quedaba. Y dijo: ojalá todos los días fuesen jueves. Y la sonrisa de la mujer se expandió. Tanto que llegó a tocar un viejo corazón.

—¿Qué fue aquello tan rico que pedimos la última vez?

—California maki.

Mientras preguntaba, el viejo le pasó los dos billetes de 20 a la mujer por debajo de la mesa. Las cosas feas es mejor esconderlas. El dinero inmediatamente se convirtió en tiempo. Exactamente una hora.

—¿Empiezo yo? —dijo el viejo.

—Vale.

—Pregúntame, entonces.

—De acuerdo. ¿Qué has hecho esta semana, cariño?

—Tuve que volar a Nueva York. Esta vez pilotaba un 747. Una maravilla de avión. El 747, digo. No se altera por nada, ni tormentas, ni vientos racheados. Nada. Lo que te decía, una maravilla tecnológica. El Partenón con alas. Me alojé en el hotel Plaza, muy cerca de Central Park. Elegante y distinguido. Te voy a llevar. Tienen hasta carta de almohadas para que tú elijas el material, el grosor e incluso el estampado que más te guste.

—Sí, sí, me tienes que llevar. Sigue, sigue.

—Luego di un paseo por la Quinta Avenida. ¡Qué calle! Bueno, avenida. ¡Qué tiendas! ¡Qué *boutiques*! Te vas a volver loca cuando estemos allí.

—Cuenta, cuenta, ¿cómo son las tiendas? ¿Tienen cosas bonitas? ¿Son muy caras?

—Mira, para que te hagas una idea, en la Quinta Avenida hay una tienda de ropa en la que para entrar tienes que pedir cita con dos semanas de antelación.

—Vaya.

—Y si no tienes 1.000 dólares en el bolsillo es mejor que no entres porque no vas a poder comprar nada.

El viejo siguió contándole historias sobre frondosos jardines situados en lo alto de los rascacielos en los que vivían pavos reales y flamencos, orquestas filarmónicas que tocaban toda la noche en plena calle y restaurantes donde sólo servían a las mascotas.

—Pero, demonios, sólo estoy hablando *vo*. Qué descortesía por mi parte. Te toca.

Divertida, la mujer soltó un bufido de fingido fastidio.

—Uff, yo tampoco he parado. Me llaman para desfiles de todas partes. París, Milán, Tokio...

—¿De Nueva York no?

—También, claro, también. Lo de ser portada del Vogue me ha abierto muchas puertas. Pero, es agotador. Tantas fiestas, tanto champán, tanto *glamour*. La gente normal no sabe lo duro que puede llegar a ser todo eso. ¿No te parece? Hoy, por ejemplo, me ha llamado el representante de Justin Timberlake para que sea la estrella de su último videoclip. Y no sé si me apetece. ¿Tú qué harías?

—No sé quién es ese tipo.

—Es un cantante, no te pierdes nada. Quizás acepte, por la publicidad y todo eso. Y por el dinero, claro. Pero sobre todo por ver cómo se mueren de envidia las otras modelos, pero es que él me parece tan, tan... blandito.

Aislado de todo y de todos, el viejo contemplaba a la mujer feliz mientras le contaba sus sueños. Sueños ilusorios,